

La pobreza y escasez materiales destacan como una nota peraltada en todos los países del Tercer Mundo; mas su gradación recorre una amplia escala que va desde la subalimentación crónica de extensos territorios africanos hasta pueblos como el argentino o venezolano donde la media de 2.500 calorías diarias por habitante —bien que en ciertas zonas del globo este promedio se rebaje a dos mil— es alcanzada por la gran mayoría de la población. De las cien mil personas que mueren de hambre diariamente en nuestro planeta el mayor porcentaje se registra también en el continente negro, donde en 1988 moría una mujer de cada 21 como consecuencia de un embarazo o un parto, frente a Estados Unidos, en los que una mujer de cada 6.366 fallecía a consecuencia de la gestación. Con el equipamiento social —escuelas, dispensarios, carreteras, etcétera— afrontamos un panorama tachonado de diferencias por encima del elemento unificador de su escaso desarrollo en todas las naciones integrantes del bloque analizado. Entre el analfabetismo de Guinea Bissau y el de Chile la distancia es tan considerable como la existente entre la mortalidad infantil de Yemen del Sur y la uruguayana. Y si la deuda externa se ofrece también como otro de los puntos unificadores en su fisonomía no pueden ocultarse las abismales distancias que separan a Perú de Egipto o a Túnez de Brasil. Y si igualmente son otra de sus constantes las grandes inversiones militares, no es tampoco menor que en los otros terrenos antecitados el contraste entre los gastos de Marruecos o Pakistán y los de Costa Rica y Paraguay.

Dados sus niveles educativos y la exaltación nacionalista predominante en casi todos ellos, el absorbente peso del Ejército conforma buena parte de la unidad social de los países aludidos. En numerosas ocasiones, las fuerzas armadas han sido cantera de cuadros y gobernantes. Las guerras que envolvieron el nacimiento de muchas naciones otorgaron a sus jefes el rango de conductores natos e indiscutidos. Piénsese, por ejemplo, en el caso del *Fondateur Président*, el antiguo sargento y periodista general Mobutu—. Cuando ello no fue así, la formación de las élites castrenses en países occidentales —Norteamérica, Francia, Gran Bretaña, Rusia— les proporcionó unos saberes y una experiencia administrativa y organizadora de la que estaban horras unas poblaciones cuyos universitarios y técnicos han sido hasta el presente muy reducidos.

Aun en Estados de factura formal democrática y tradición civilista como Filipinas o Colombia el papel de los ejércitos es decisivo y fundamental en la gobernación del país. El liderazgo carismático convertido en otra nota vertebral

de las sociedades tercermundistas se enraiza y nutre en la mayor parte de las ocasiones en el fenómeno anterior. El caudillismo suramecanismo proveniente de los tiempos de la emancipación se perpetúa en la Iberoamérica actual, a veces bajo ropaje civilista. El caso del general Perón y del movimiento creado por su poderosa personalidad así lo demuestra. La marginación de la vida pública que se opera de hecho en casi todos estos países condena a sus habitantes a un catacumbismo político, que impide el rompimiento de la situación de bloqueo a la que su infra o subdesarrollo cultural le aboca.

El caudillismo como instancia suprema de legitimación político-social conecta directamente con la existencia de otra institución elevada a la categoría de nota definitoria de una amplia porción de las sociedades aludidas. En sus diversas modalidades el caciquismo se adentra profundamente en el tejido social de tales pueblos, en especial, en los de Iberoamérica. Algunas veces se nucleará en torno a un individuo en posesión de los hilos que mueven las palancas del poder local o nacional; otras, será un grupo o familia el eje sobre el que se mueva toda una comunidad a escala municipal o regional y aún superior; y, en fin, las mismas instituciones y partidos ejercen las funciones caciquiles, tal y como ha ocurrido hasta nuestros mismos días con el famoso PRI mejicano.

Convertido en poderoso elemento deseducador por su raíz antiética, el caciquismo fomenta en grado sobresaliente la generalizada corrupción que distingue a la práctica totalidad de estas sociedades, con una burocracia transformada en clientela del poder y unas élites degradadas o con escaso vigor para el cambio. El sucursalismo y sateización económica de los pueblos del Nuevo Mundo acentúa la inmoralidad de sus clases dirigentes, dependientes de organizaciones multinacionales que operan en sus territorios con poca o nula preocupación por la promoción de esta «periferia» del capitalismo central.

Frente a esta desarticulación, los partidos políticos comienzan a jugar un papel casi insustituible de estructuración de la sociedad al movilizar las masas, seleccionar las élites y difundir las ideologías. Sin duda, en muchas naciones afroasiáticas tales formaciones son artificiales, salidas de los grupos y organizaciones que impulsaron la independencia, sin que hayan nacido del clima de modernización necesario para una vida parlamentaria auténtica. Mas, con todo, a través de su actividad fomentan decisivamente la atmósfera indispensable para la creación de una patria y una conciencia nacional por encima de clanes y

tribalismos de jerarquías periclitadas o en vías de extinción y de ingerencias religiosas, aunque en ocasiones el proceso no aparezca nítido, confundiendo en él las aguas.

La «revolución» femenina que ha alcanzado su madurez en las sociedades industrializadas apenas si se atisba en las ahora glosadas. El analfabetismo característico de la mayoría de los pueblos del Tercer Mundo flagela con mayor fuerza a la mujer sudamericana, sometida a un régimen que recuerda, a veces, la servidumbre, con agotadoras tareas domésticas y laborales. Su acceso a los centros superiores de enseñanza es muy restringido así como su inserción en los puestos de mando y dirección.

En términos globales, las sociedades del Nuevo Mundo presentan una gran inestabilidad, pese a la presencia en ellas de fuertes vínculos familiares o corporativos. Su constreñimiento político e ideológico y su precario nivel de vida hacen de la mayor parte de ellos un potencial altamente explosivo frente a coyunturas críticas al tiempo que las convierte en caldo de cultivo para toda clase de mesianismos, sin que sus energías fecunden, por la obstrucción de los poderes establecidos, los caminos que puedan conducirle a su desarrollo y democratización, íntimamente ligados.

Potenciar todo lo que conduzca a esto último deberá erigirse en meta prioritaria para los dirigentes políticos y sociales de Iberoamérica, tierra aún de promisión más que de realidades positivas en su convivencia y nivel de vida. Entre los muchos mensajes que es posible extraer de este libro sereno pero a la vez denunciador, quizá sea éste el más peraltado y apremiante.

**José Manuel  
Cuenca Toribio**



## Caminos de la poesía norteamericana contemporánea

**E**l don que ha de tener el traductor es posibilitar una lectura tan transparente del texto en una segunda lengua como lo era en su versión original; es dar limpiamente el significante que flota con las mismas reverberaciones en los dos textos. Cuando se trata de una poesía experimental y abstracta, la dificultad de este objetivo aumenta porque el riesgo de concretización del significado por parte del traductor aumenta. Es probable que el mejor traductor de un poeta sea a su vez poeta, cual es el caso de Ana María Fagundo y su *Antología bilingüe de la poesía norteamericana*<sup>1</sup>. Fagundo dobla su capacidad de traductora fiel al ser también comparatista y buena conocedora tanto de la poesía norteamericana como de la española.

El libro presenta a treinta y cinco poetas sistematizados por criterios geográficos y cronológicos durante tres decenios, deteniéndose en 1980. Se atraviesan años de crisis profundas que ofrecen una perspectiva relativamente propicia a la organización que comienza en la *Antología* con una introducción, situando cada una de las tres décadas en su contexto social. Esta frontera entre lo social y lo per-

<sup>1</sup> Ana María Fagundo. *Antología bilingüe de la poesía norteamericana contemporánea: 1950-1980*, Madrid: Ediciones José Porrúa Turanzas, S. A., 1988.